

Política de ida y vuelta

Imanol Zubero *

El autor, el senador Imanol Zubero, senador más por accidente electoral que por convicción, reflexiona de manera muy particular sobre el campo de acción que a un intelectual y profesor universitario, para más señas católico practicante, le permite la maquinaria parlamentaria de uno de los dos grandes partidos españoles del momento: el PSOE.

[1] El 4 de marzo de 2011 Fernando Vallespín publicaba en *El País* un artículo titulado «Políticos, doctores y otros animales», en el que reflexionaba sobre las modalidades de reclutamiento de la clase política en España y las dificultades que estas modalidades suponen para la entrada en política de la mayoría de los ciudadanos, y en particular de quienes proceden del mundo intelectual y académico: «La izquierda siempre ha gustado también de adornar su imagen con gentes provenientes del mundo intelectual y académico. La mayoría de las veces para sufrimiento propio», afirma Vallespín. ¿Es adecua-

* Profesor de Sociología en la Universidad del País Vasco. Senador electo del PSOE por Bizkaia.

da la denominación de «sufriamiento» para describir mi experiencia como senador electo por Bizkaia en esta legislatura que ahora afronta su última fase? En cierta medida sí, sin duda.

Por situar al lector, yo siempre digo que he acabado ocupando un escaño en el Senado de España por un «accidente electoral». El caso es que después de más de una ocasión en la que rehusé la invitación a formar parte, como independiente, de las candidaturas del Partido Socialista de Euskadi (PSE) en diversas convocatorias electorales, di el «sí» a esta propuesta en noviembre de 2007, aceptando aparecer en las listas al Senado por la circunscripción de Bizkaia. ¿Por qué esta vez sí? Porque quería agradecer el esfuerzo que los socialistas vascos (y sólo éstos) venían haciendo, desde el acceso de Patxi López a la secretaría general del PSE, por romper con la endemoniada dinámica de comunitarización abierta en septiembre por el nacionalismo vasco con el Pacto de Lizarra, y que tuvo como equivocada respuesta el llamamiento a una movilización antinacionalista. También influyó en mi decisión el hecho de que desde finales de 2007 ETA desarrollara una durísima campaña de atentados contra sedes socialistas (como el de la casa del pueblo de Balmaseda, en diciembre de aquel año),

atentados que culminaron con el asesinato de Isaías Carrasco, apenas dos días antes de las elecciones. El impacto que para mí supuso este asesinato intenté reflejarlo en un artículo titulado «Tú, ¿dónde mueres?»¹.

Me deje presentar, pues, y hasta participé en un mitin. Era el tercero de la plancha titular y nunca el PSE había logrado obtener más de un senador por ese territorio, así que estaba convencido de que no había ninguna posibilidad de salir elegido. Me equivoqué. El 16 de marzo de 2010 el diario vasco *El Correo* publicaba una noticia en la que se comentaba en los siguientes términos mi peripecia personal:

«Zubero llegó a la Cámara alta en 2008 tras los comicios que permitieron a José Luis Rodríguez Zapatero revalidar su estancia en La Moncloa y que supusieron uno de los mayores triunfos del PSE. Ganó en los tres territorios. Obtuvo nueve diputados y otros tantos senadores. Entre ellos Zubero, que salió elegido por Vizcaya junto a los socialistas Lentxu Rubial y Dimas Sañudo, y al peneuvista Iñaki Anasagasti. Su incorporación como independiente a las listas electorales del PSE supuso su salto a la primera línea política tras varios años de colaboración en la sombra. Vinculado a movimientos pacifistas, en 2001 llegó a

¹ *El País*, 8 de marzo de 2008.

apoyar públicamente a Ezker Batua, de la que se distanció tres años después por la, a su juicio, excesiva dependencia que tenía la coalición de Javier Madrazo de los postulados nacionalistas.

A partir de ese momento se fue implicando cada vez más en el proyecto capitaneado por López, participando en diferentes plataformas independientes. Su 'debut' como candidato del PSE al Senado se produjo el 5 de marzo de 2008 durante un mitin en el pabellón de La Casilla de Bilbao en el que compartió cartel con, entre otros, Felipe González, Patxi López y Eduardo Madina. Su trabajo en la Cámara alta se ha centrado en cuestiones culturales. De hecho, es portavoz socialista en la comisión que cubre esta materia. Sin embargo, Zubero ha reconocido en más de una ocasión que su llegada al Senado fue un "accidente", ya que ni en las previsiones más optimistas los socialistas esperaban los resultados que finalmente se dieron en 2008. Incluso, muchos creen que si hubiese sabido que iba a salir elegido nunca hubiese aceptado ir en la lista electoral».

[2] Antes de llegar al Senado ya había tenido experiencia personal de la política institucional, pero a una escala incomparable. Durante seis años, entre 2002 y 2007, había sido concejal en el pueblo en el que siempre he vivido –una pequeña localidad de unos 2.800 habitantes,

muy cerca de Bilbao–, en las filas de una candidatura independiente de vecinas y vecinos. Pero, sobre todo, mi experiencia política siempre había tenido que ver con los movimientos sociales y el voluntariado: objeción de conciencia y antimilitarismo, Gesto por la Paz, Cáritas... Otra buena parte de mi experiencia, constituyendo prácticamente una de las pertenencias que configuraban mi identidad, estaba asociada a la universidad (a la investigación y la formación en ciencias sociales), así como a las tareas que normalmente se agrupan bajo la denominación de «trabajo intelectual»: publicación de libros y artículos científicos, conferencias y charlas, artículos y columnas de opinión en diarios y revistas, participación en programas de radio y televisión...

Cabría pensar, en principio, que todas esas experiencias previas deberían ser de utilidad para quien se dedica a la política. En mi caso, puedo decir que hay aptitudes y actitudes desarrolladas en todos esos ámbitos que me han facilitado mis tareas en el Senado (desde la capacidad de manejar información y de comunicarla hasta la sensibilidad hacia las cuestiones llamadas sociales); pero, en general, todas esas experiencias previas han resultado ser una fuente permanente de antagonismos y desencuentros

con las exigencias de la práctica parlamentaria. Exigencias tales como la disciplina de voto, la subordinación de la acción política a la tarea de ser soporte del Gobierno o la tecnocratización de las decisiones. Pero, por encima de todo, lo más duro ha sido afrontar discusiones y votaciones como las relacionadas con la reforma de la Ley de Extranjería, la de la Oficina Judicial (que incluía la cuestión de la jurisdicción universal) o la reforma laboral, entre otras. Tengo que confesar que en dos ocasiones mi voto ha sido diferente al de mi grupo parlamentario. También que en ambas he contado con la comprensión de la dirección del grupo.

Siempre me he identificado plenamente con una declaración de Albert Camus: «Entonces, estoy a favor de la pluralidad de posiciones. ¿Se podría formar el partido de los que no están seguros de tener razón? Sería el mío. En todo caso, yo no insulto a los que no están conmigo. Es mi única originalidad»². Esta actitud de distanciamiento irónico, de cuestionamiento de las propias razones, hace muy difícil la práctica de la política institucional y partidaria.

[3] ¿Y la fe? No es fácil ser cristianos en el mundo de la política por-

² ALBERT CAMUS, *Moral y política*, Alianza, Madrid, 1984. Edición original, 1949.

que no es fácil vivir permanentemente la tensión entre la sabiduría de la fe y la racionalidad política. Lo es menos en la actualidad, con una actividad política reducida en la mayoría de las ocasiones a mera gestión de lo existente, a una perspectiva plana e intrascendente. Pero tampoco facilita ser cristianos en el mundo de la política la realidad de la propia Iglesia, orientada institucionalmente por la estrategia de la Nueva Evangelización (en mi opinión, profundamente conservadora), que promueve el reagrupamiento y desconfía de la participación capilar. Una Iglesia que apenas cuenta con el laicado a la hora de pronunciarse sobre cuestiones de indudable relevancia en el debate político actual.

Personalmente yo no tengo grandes problemas a la hora de asumir el particular estatuto del cristiano: «estar en el mundo sin ser del mundo». No tengo grandes problemas aunque los tenga. Me explico: tengo problemas de coherencia, claro que sí, muchísimos; y tengo problemas muchas veces a la hora de armonizar el paso de mi pata católica y de mi pata sociopolítica, sin perder un ritmo de paso laico. Pero no tengo ningún problema por tener ese problema. Lo asumo como algo natural y no pretendo resolverlo mediante la amputación de ninguna de mis dos patas, ni tampoco cambiando

el ritmo laico de mi marcha por un ritmo legionario que elimine de una vez las contradicciones: ni legionario de Cristo ni legionario del Tercio de Extranjeros.

Leyendo uno de los últimos libros de Vattimo me he identificado mucho con la manera en que se califica a sí mismo de *catocomunista*, identidad a la que según él ha sido fiel toda su vida. Y escribe sobre esto:

«Confieso que hoy tiendo a sustituir, cada vez más, el “cato”, el componente católico, por un “cristiano” más general. Ante lo que la Iglesia católica se ha ido convirtiendo tras los últimos pontificados, el calificativo en el que siento tener que reconocerse es el más genérico, y amplio, de cristiano. Si no me decido a definirme como luterano, es sólo porque sigo intentando pensar que, en realidad, las dos fuentes de la revelación son la Biblia y la Tradición y, por tanto, no “sólo la Escritura” de Lutero. La Biblia me ha sido transmitida por la Iglesia, de lo contrario nunca la habría conocido. Pero la Iglesia que me transmite la Biblia ya no es tanto la de la jerarquía católica; sino más bien la comunidad de los cristianos que, como ponen de manifiesto tantos indicios, diverge cada vez más, en la manera misma de vivir y concebir la práctica cristiana, de los palacios vaticanos»³.

³ GIANNI VATTIMO, *Ecce comu*, Paidós, 2009.

Los laicos estamos llamados a seguir a Jesús en el mundo, a comprometernos por hacer realidad el plan de Dios con una actitud que asume la secularidad (que asume, por tanto, las mediaciones, los instrumentos de análisis y la cultura política de las sociedades pluralistas y democráticas), pero que no se deja simplemente subsumir en ella. La fe no sirve para diseñar «terceras vías» en política, no hay una «política cristiana», como no hay una «democracia cristiana», pero la fe sí exige una determinada especificidad del compromiso político. Algunos rasgos del compromiso político vivido como seguimiento de Jesús son, en mi opinión, los siguientes:

- a) Asumirlo como una exigencia derivada de la encarnación, pudiéndose discutir el cómo o el dónde de ese compromiso, pero no la necesidad del compromiso en sí.
- b) Un compromiso acompañado, revisado, animado; un compromiso que, siendo personal, no es individual ni responde sólo ante el tribunal de nuestra conciencia, sino que está fuertemente vinculado a una comunidad de fe.
- c) Un compromiso empeñado en la transformación de las estructuras injustas desde una opción clara por las personas,

comunidades y regiones más empobrecidas.

- d) Sabiendo que sólo es compromiso aquello que nos compromete y que sólo es transformación aquella que nos transforma.
- e) Con una clara conciencia de que es el grupo-la comunidad la que transforma.
- f) Desde el realismo histórico que nos ofrece la fe, un realismo que asume las limitaciones de la humanidad y de la historia, pero que reconoce e impulsa las posibilidades inéditas contenidas por la realidad: *ya, pero todavía no.*

También esta lucha por ser un cristiano laico en el mundo de la política me ha generado algún sufrimiento. «Imanol, el obispo te ha vetado». En dos ocasiones, en dos diócesis distintas, he escuchado esta frase de boca de curas que me habían pedido que les acompañara y compartiera con distintas comunidades de creyentes su preocupación y su trabajo en los ámbitos de la pastoral familiar o de la pastoral rural. En las dos ocasiones la cosa se resolvió gracias al ejercicio de libertad responsable realizado por los organizadores.

También es fundamental un distanciamiento irónico de las pro-

pias certezas religiosas. Lo mismo que Camus propone en relación a la política. Lo plantea el filósofo norteamericano Richard Bernstein cuando sostiene que el mayor problema al que se enfrenta el mundo de hoy no es el de un choque de civilizaciones, sino el de un choque de mentalidades:

«La batalla que se libra actualmente no es entre creyentes religiosos con firmes compromisos morales y relativistas seculares que carecen de convicciones. Es una batalla que atraviesa la así llamada división entre lo religioso y lo secular. Es una lucha entre los que se sienten atraídos por los absolutos morales rígidos; los que creen que la sutileza y los matices encubren la falta de decisión; los que adornan sus prejuicios ideológicos con el lenguaje de la piedad religiosa; y los que enfocan la vida con una mentalidad más abierta, que se abstienen de buscar la certeza absoluta. Esta mentalidad o sólo es compatible con una orientación religiosa: es esencial para mantener viva la tradición religiosa y relevante para nuevas situaciones y contingencias»⁴.

Transitar por el Senado de la mano de Camus y por la Iglesia de la mano de Bernstein... También son ganas de complicarse la vida.

⁴ RICHARD BERNSTEIN, *El abuso del mal*, Katz, Buenos Aires, 2010, 225 pp.

[4] Volviendo al artículo de Vallespín con el que hemos abierto esta reflexión: «La cuestión fundamental, por tanto, es saber si quien se dedica a la política puede seguir conservando la identidad de su anterior origen, o si lo político consiguiera disolverse en sus lógicas propias. Hoy la mayoría de los políticos son ya casi todos “políticos de profesión”, no de vocación, por valernos de la distinción weberiana. Y los que sobreviven en la política, sean doctores, intelectuales, juristas o trabajadores del metal, se ven tan fagocitados por ella, que al final su formación anterior queda como mera anécdota curricular». Mi respuesta personal a esta cuestión es bien clara: no, no puede. Mi experiencia me dice que la política, hoy en día, soporta mal que quienes se dedican a ella quieran mantener aspectos fundamentales de su identidad: como militante ciudadano, como intelectual crítico, como creyente. La política, tal como hoy se vive, obliga a elegir entre todas esas pertenencias hasta dejar prácticamente sólo una: la de político *profesional*.

Mucho tiene que ver esto con algo que escribe el jurista italiano Luigi Ferrajoli, sometiendo a una severa

crítica la actual *crisis del reclutamiento del personal político*, que contribuye de manera destacada a la quiebra objetiva de la participación de la ciudadanía en la vida pública: «Desvanecida la vida política en las viejas secciones territoriales, desecado el debate de base y los tradicionales canales de selección de grupos dirigentes, el recambio del estamento político queda inevitablemente confiado a las relaciones personales, o, lo que es peor, a las de carácter familiar y clientelar de los dirigentes. El resultado es una caída de la calidad no solo profesional, sino también moral e intelectual de toda la clase política»⁵.

«Hemos dado ya por perdido un mecanismo fluido de ida y vuelta entre política y sociedad civil que permita mantener el atractivo del servicio público», concluye Vallespín. Yo tengo ya el billete de vuelta a la sociedad civil para marzo de 2012. Un billete cerrado. Será entonces el momento de hacer un balance más profundo de esta experiencia. ■

⁵ LUIGI FERRAJOLI, *Poderes salvajes*, Trotta, Madrid, 2011, 112 pp.